

Equinoccio. Revista de psicoterapia psicoanalítica, 5(2), julio-diciembre 2024, pp. 25-41.
ISSN: 2730-4833 (papel), 2730-4957 (en línea). DOI: doi.org/10.53693/ERPPA/5.2.2.

DESPUÉS DE LA VIOLENCIA

AFTER THE VIOLENCE

DEPOIS DA VIOLÊNCIA

Carmen Rodríguez

Facultad de Psicología, Universidad de la República
Montevideo, Uruguay

Correo electrónico: psic.carmenrodriguez@gmail.com

ORCID: 0009-0007-7831-1350

Recibido: 11/7/2024

Submitted: 11 July 2024

Recebido: 11/7/2024

Aceptado: 30/8/2024

Accepted: 30 August 2024

Aceite: 30/8/2024

Para citar este artículo / To reference this article / Para citar este artigo

RODRÍGUEZ, C. (2024). Después de la violencia. *Equinoccio. Revista de psicoterapia psicoanalítica*, 5(2), 25-41. DOI: doi.org/10.53693/ERPPA/5.2.2.

Creative Commons Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)

Resumen

A partir de preguntas sobre la violencia, este texto propone una asociación conceptual psicoanalítica para pensar su después. Se alude al trabajo con niños, niñas y adolescentes en el sistema de protección especial (Centros de Acogimiento, familias de acogida); sobre todo, al trabajo con quienes trabajan en estos sistemas. La conceptualización a la que da lugar desborda el campo específico para pensar a niños, niñas, adolescentes en la violencia, sus porqué, el después, así como las posiciones psíquicas de quienes acuden ante la violencia.

Palabras clave: violencia, sistema de protección, niños, niñas y adolescentes.

Abstract

Based on questions about violence, this text proposes a psychoanalytic conceptual association to think about its aftermath. It alludes to the work with children and adolescents in the special protection system (Reception Centers, foster families) and above all, to the work with those who work in these systems. The resulting conceptualization goes beyond the specific field and reflects about children and adolescents around violence, its reasons and aftermath, as well as the psychic positions of those who respond to violence.

Keywords: violence, protection system, children, adolescents.

Resumo

A partir de questões sobre a violência, este texto propõe uma associação conceitual psicanalítica para pensar o depois da violência. Faz-se referência ao trabalho com crianças e adolescentes no sistema de proteção especial (Centros de Acolhimento, famílias acolhedoras); principalmente, o trabalho com aqueles que atuam nesses sistemas. A conceitualização alcançada ultrapassa o campo específico para refletir sobre crianças e adolescentes na violência, seus porquês, o depois, bem como os posicionamentos psíquicos de quem responde diante da violência.

Palavras-chave: violência, sistema de proteção, crianças e adolescentes.

INTRODUCCIÓN¹

En marzo de 2020, comencé a trabajar con un equipo socioeducativo integrado por educadores sociales, psicólogos, trabajadores sociales y otros colaboradores que llevaban adelante un centro donde viven niños, niñas y adolescentes con disposiciones judiciales de protección. Este centro se inauguró con el traslado de dieciséis niños, niñas y adolescentes provenientes de lo que se llama *puerta de entrada* al sistema de protección.

Cuando comenzó la pandemia por COVID-19, con el pedido de «quédate en casa» se desató una batalla campal entre los niños, niñas y adolescentes. Subían a los techos, tiraban desde ahí objetos de la casa, se amotinaron² en los cuartos y baños, agredieron verbal y físicamente a los educadores. Se agredieron mucho entre ellos, hubo brotes de violencia constantemente, la crisis fue generalizada. Los adultos empezaron a perder el control de la situación y también su equilibrio emocional, y sus relaciones se tensaron y nadie quedó a salvo de la violencia, ni niños ni adultos.

En ese marco comencé a desarrollar con el equipo un espacio que llamamos «Pensar la práctica», donde trabajamos lo que hacía problema bajo la forma de un caso. Este espacio proponía hablar de cada niño, niña y adolescente, empezando por quienes hacían problema, para llevar lo más lejos que fuera posible el análisis y la comprensión de lo que *hace caso* en tanto constituye un problema con el que tratar.

Uno de esos casos fue Paz,³ una adolescente de trece años que se volvió absolutamente *insoportable* para el equipo. Tenía una forma

1 La editora Laura de Souza aprobó este artículo.

2 Así lo denominaron los niños, niñas y adolescentes.

3 Para salvaguardar la identidad y preservar el anonimato de las personas involucradas en los casos relatados, se modificaron los datos personales de los pacientes. El nombre Paz es elegido por su proximidad con el nombre real y no por ironía.

muy intensa de agresión hacia los otros niños, pero sobre todo hacia los adultos. Varios de estos fueron lastimados y las amenazas con cuchillos fueron muchas y muy vívidas, en el sentido de generar mucha inseguridad y miedo.

El trabajo con Paz se desarrolló durante tres años. En ese tiempo, entre marzo y noviembre de 2020 fue ingresada al hospital seis veces, siempre por una agresividad inusitada que la tornaba muy amenazante y no le permitía parar la ira, la violencia, la descarga motriz. Durante este período, el trabajo en el equipo estaba dirigido a sobrevivir (en el sentido winnicottiano del término), a conocer cada vez más su historia y las razones de las medidas de protección, a tratar de encontrar las estrategias para poder convivir con Paz. Parte del equipo comenzó a considerar que tenía que pasar a vivir en una clínica de salud mental, lo que en definitiva no ocurrió.

Sobre fines de 2020, en circunstancias muy particulares,⁴ Paz pasó a interactuar con una familia de acogida integrada por una pareja joven con mucha vinculación con el trabajo social y educativo. Empezó a tejerse un lazo, primero saliendo a pasear, luego los fines de semana; hasta que, poco a poco, para finales del verano de 2021, comenzó a vivir con ellos. Se instaló un sistema de vida en el que Paz pasaba gran parte del día en actividades que ella elegía y en otras que le fueron propuestas: primer año de secundaria con énfasis en deporte, entrenamiento de fútbol, natación, apoyo psicopedagógico, psicoterapia y seguimiento con psiquiatra. Todos los mediodías almorzaba en el centro y, cuando terminaba la jornada, iba para su nueva casa con la familia de acogida. Los primeros tres meses una educadora social la acompañaba en este ir y venir a todas sus actividades. Luego de ese tiempo, Paz comenzó a hacer todo ese periplo con total autonomía. En

4 Cuando llega la noche de Navidad, una educadora, vinculada a la organización que gestiona el centro, pero que trabaja en otro proyecto, se entera de que todos los niños, niñas y adolescentes de allí pasarán la noche con algún familiar o referente adulto y que solo Paz no tiene a dónde ir. La educadora habla con su compañero y deciden invitarla a pasar la Navidad con ellos. Así comienza un vínculo que avanzará luego hacia un acogimiento familiar.

todos estos espacios del *afuera* ella funcionaba mucho más pacíficamente que en el *adentro* del centro o de la familia de acogida.

En ese momento, comencé a trabajar con la familia acogedora una vez por semana con el objetivo de contribuir a metabolizar los enormes esfuerzos que suponía para la pareja *soportar* a Paz. El 2021 fue un año de enormes cambios en ella, lo que generaba en la pareja acogedora y en el equipo del centro una gran satisfacción. Pero también gran ambivalencia porque, mientras todo ese cambio acontecía y Paz recibía magníficas devoluciones en todos los espacios en los que participaba (se fue transformando en una buena deportista), la vida en familia era muy difícil de sobrellevar. La violencia se dirigía a la familia acogedora, aunque con mucha menor intensidad de la que mostraba en el centro el año anterior. Aún así era enormemente desafiante.

El acogimiento duró un año y medio. A mediados de 2022, la familia decidió finalizarlo. Aunque Paz había cambiado significativamente, la pareja estaba agotada. Trabajamos en crear una situación intermedia en la que Paz regresaría al centro, pero conservaría su dormitorio en la casa de acogida para pasar allí algunos fines de semana o cuando sintiera la necesidad de distanciarse de la vida cotidiana del centro.

Todos (incluida yo) temimos que volvieran los episodios de violencia y que Paz retomara el comportamiento que había desplegado en 2020. Sin embargo, para nuestra sorpresa, eso no sucedió. Desde entonces, Paz ha asumido un rol totalmente diferente en el centro. Pasó de ser la niña que rompía todo, «la loca», a ser una gran aliada del equipo educativo para calmar a otros niños en sus desbordes. Continúa con todas sus actividades y, aunque todavía enfrenta dificultades de aprendizaje, ahora se deja ayudar. Ya está en el tercer año de liceo y sus relaciones son otras, tiene amigas, tomó una posición homosexual y es muy querida por los adultos que la rodean en las diferentes actividades, lo que le ha permitido acceder a pasantías y trabajos temporales como acompañante deportiva.

Paz había sido institucionalizada tras relatar una situación de abuso sexual ejercido por uno de sus hermanos. Su familia, según supo entonces el equipo del centro, estaba integrada por su madre y

cinco hermanos. El que había ejercido en varias oportunidades la violencia sexual contra Paz tenía diagnóstico de psicosis infantil. La madre siempre negó el abuso y con todos sus hijos mantuvo una relación también cargada de violencia. Una vez trasladada al centro, Paz solo mantuvo contacto con su madre y uno de sus hermanos.

Cuando la familia de acogida decidió terminar con el acogimiento, el equipo del centro pensó en la posibilidad de que Paz volviera a vivir con su madre. Pero, de una manera totalmente enfática, la adolescente dijo que ella no quería volver a vivir con su familia, aunque sí los quería ver cada tanto.

A partir de esta viñeta propongo pensar tres cuestiones: por qué la violencia, el segundo tiempo de la violencia y la posición psíquica de quienes acuden ante la violencia.

¿POR QUÉ LA VIOLENCIA?

Dieciséis niños y niñas fueron trasladados de un centro a otro y, al poco tiempo, quedaron *encerrados* por la pandemia. Se encontraron rodeados de personas que conocían hacía muy poco, en un lugar desconocido, sin tener ninguna referencia ambiental (como cama, cuarto, baño, objetos especiales). Todos estos niños y niñas ya habían vivido previamente otras experiencias de desamparo, violencias y desprotección.

¿Por qué la violencia? La pregunta parece una ironía. A la vez, tomarla tratando de comprender lo que está en juego nos ha llevado a revisar la cuestión del síntoma.

Hebe Tizio (2015), en su conferencia «La función del síntoma», plantea que, entre los diversos discursos que hablan sobre el síntoma o los síntomas, el psicoanálisis puede hacer aportes muy relevantes para este momento histórico, donde una serie de otras disciplinas y profesiones del campo social y educativo enfrentan desafíos importantes que tienen que ver con síntomas. Una primera cuestión que Tizio (2015) señala es que los síntomas tienen un funcionamiento,

cumplen una función para los sujetos y nos advierten sobre la importancia de adquirir una posición interrogativa, que enigmatice un saber que no puede ser resuelto desde un estándar, clasificación o respuesta genérica. Es decir, hay un modo muy particular de saber sobre los síntomas que es, en primer lugar, enigmático y que obliga a sostenerse en un saber no saber.

La otra cuestión que Tizio (2015) advierte es que los síntomas no pueden atacarse de manera directa y que, cuando se los ataca directamente, generan transferencias negativas. El sujeto suele volverse menos accesible a aquellos exclusivamente preocupados por erradicar o por hacer desaparecer el síntoma sin estar dispuestos a interrogarse acerca de la función que ese síntoma cumple para el sujeto.

La viñeta con la que estamos trabajando se inserta en una zona interdisciplinaria de abordajes y tratamientos y, por ello mismo, resulta sumamente interesante trabajar en el entretejido de discursos y prácticas que den consistencia a las acciones que se llevan adelante en instituciones tales como las que estamos tratando de pensar. Pero, a la vez, ese entretejido requiere, la mayoría de las veces, de un trabajo prudente acerca de qué conceptos nos permiten avanzar, en este caso, con conceptualizaciones propias del campo psicoanalítico puestas a jugar en un escenario que no es el *setting* propio del psicoanálisis y a cargo de personas que no son psicoanalistas.

En este caso, nos estamos preguntando acerca de la violencia y, sobre todo, si se trata o no de un síntoma; y sobre la sospecha de que la respuesta categórica y binaria (*sí lo es o no lo es*) provoque algunas encerronas tanto discursivas como prácticas de las cuales convendría correrse.

Jacques Alain Miller (2017), en el trabajo titulado *Niños violentos*, plantea diez puntos sobre la cuestión de la violencia en los niños; entre ellos se encuentra la idea que la violencia no es un síntoma, sino incluso lo contrario a un síntoma. En la reconstrucción que el autor (2017) hace sobre la noción de síntoma en la literatura psicoanalítica, retoma el planteo de Freud en *Inhibición, síntoma y angustia*, donde señala que «el síntoma sería el signo y el sustituto de una satisfacción

pulsional que no tuvo lugar» (Freud apud Miller, 2017, párr. 5). Miller sostiene que la violencia no es un síntoma en tanto no es un sustituto de la pulsión, sino la satisfacción de la pulsión de muerte.

En estos territorios interdisciplinarios e interdiscursivos donde se juega la protección de las infancias y donde la violencia es un elemento de altísima regularidad, la pregunta sobre su estatuto de satisfacción pulsional o de síntoma en tanto sustituto de la pulsión es relevante al menos en dos sentidos. En un primer sentido, la violencia es entendida como satisfacción de la pulsión de muerte. En esta línea, Miller (2017) dirá:

Tratándose del niño violento, no hay que hipnotizarse por la causa. Hay una violencia sin porqué, que es para sí su propia razón, que es en ella misma un goce. Solo en un segundo tiempo se buscará el determinismo, la causa, el plus de goce que es la causa del deseo de destruir, de la activación de ese deseo. (p. 9)⁵

Un segundo sentido implicaría admitir el valor sintomático de la violencia. Cuando la violencia es síntoma, alude a un enigma, a algo a descifrar en lo que el sujeto está concernido, es una invención que cumple una función a través de la cual el sujeto dice de sí, aun sin palabras.

Podría sugerirse dirimir estos dos sentidos aparentemente contradictorios de la violencia en el caso a caso y establecer, para cada caso, en qué ocasiones la violencia es síntoma y cuándo la violencia es lo contrario a un síntoma. No obstante, el trabajo que se describe en la viñeta, así como tantos otros casos pensados con equipos del sistema de protección, el trabajo con familias de acogida y con niños, niñas y adolescentes nos lleva a hipotetizar sobre el carácter paradójico de la violencia.

5 La idea de un segundo tiempo de la violencia es retomada en el próximo punto de este trabajo.

La violencia aparece, tal como lo hemos entendido, como descarga de la pulsión de muerte, pero de manera sintomática; de ahí la paradoja. Lo paradójico de la violencia, en el sentido planteado por Winnicott (1984), podría pensarse como una zona intermedia que moviliza a la violencia entre la pura descarga y el síntoma como construcción que porta un sentido para el sujeto y que en el *setting* de trabajo de los sistemas de protección adquiere el estatuto de cierto mensaje.

En el texto de Tizio (2015) que venimos analizando, el autor señala:

El síntoma analítico originariamente —lo dice Lacan en el seminario *La angustia*— no llama, no es un mensaje. Lacan lo planteó al inicio, pero después señaló muy claramente que el síntoma no es un mensaje; es justamente el dispositivo analítico el que intenta transformar el síntoma en mensaje, para introducir la idea de que puede ser descifrado: es la dimensión del sujeto saber en la transferencia. (p. 51)

Esta movilización paradójica que va de la violencia como descarga sin porqué y que es para sí su propia razón, a la pregunta que interroga a la violencia en su condición de síntoma ligada a un sentido y hasta a un posible mensaje, es lo que parece abrirse, en ciertos casos, en un segundo tiempo de la violencia en estos dispositivos que, sin ser analíticos, movilizan transferencias.

EL SEGUNDO TIEMPO DE LA VIOLENCIA

La violencia encuentra siempre un después. Cuando Paz pasó de vivir en el centro a vivir con la familia de acogida, hubo un cambio sustantivo en su posición subjetiva. Aunque la violencia no dejó de estar presente, empezaba a encontrar cierta redirección que incluía a la pareja acogedora. Pero también hubo reacomodos, como, por ejemplo, la práctica deportiva intensa, que pasó a ser un escenario muy privilegiado para ella. Además, se veía muy interesada en una agenda diaria de actividades escolares y extraescolares, que sostenía con entusiasmo.

Durante el tiempo que vivió con la familia de acogida, fueron muy pocas las ocasiones en que faltó a sus actividades semanales, que incluían psicoterapia y apoyo psicopedagógico.

La violencia diaria se había atemperado y la que se mantenía activa era la que dirigía a la pareja acogedora. Tras pocas semanas de convivencia bastante pacífica con Paz, las agresiones exclusivamente verbales (en el centro había llegado a golpear y lastimar a educadores) se tornaron intensas, junto con encierros en el cuarto, desobediencias, gritos, exigencias. Asimismo, Paz desplegaba mayor tranquilidad e involucramiento en todos los lugares en los que participaba afuera de la familia, aunque con altos y bajos.

¿Qué estaba pasando? es la pregunta que uno puede formular ahora, que pasó el tiempo y que ya no estamos en la situación. En ese momento, en el trabajo que sostenía con la pareja acogedora conjuntamente con una coordinadora del centro, las preguntas eran de otro tipo: *¿qué paso hoy?*, *¿qué hicieron?*, *¿cómo reaccionó?*, *¿qué hacemos ahora?*, *¿cómo están ustedes?*

La violencia instala una urgencia, un momento de una actualidad total, un tiempo de algún modo detenido en sí mismo que solo permite que tratemos de sobrevivir, nos defendamos, ataquemos o huyamos. Pero también cede, eso dice la experiencia de trabajo con niños, niñas y adolescentes en la violencia. La mayoría de las veces reaparece, pero, aunque no es posible esperar su extinción, sí ocurren eventualmente acomodados sustantivos en la posición subjetiva respecto a la violencia.

De este modo, hay otra pregunta que le sigue al porqué de la violencia, y es por el después. El después de la violencia es un tiempo decisivo. En la actualidad, bajo el paradigma prevencionista, se trabaja en la égida de la prevención de la violencia y desde ahí se exalta un tiempo previo a toda violencia, como un tiempo destinado a evitarla; en ocasiones, bajo la promesa (ilusoria) de su erradicación. Prevenir la violencia es un mandato de la época. Sin embargo, lo que estamos explorando es un corrimiento de la lógica exclusiva de la prevención y la

erradicación, para avanzar en una lógica de tratamiento, con efectos desde el después.

En el trabajo titulado *Lo insoportable en las instituciones de protección a la infancia* (Rodríguez, 2016) busqué identificar qué se hace regularmente en las instituciones de protección luego de que los niños, niñas o adolescentes ponen en marcha la tendencia antisocial, en términos de Winnicott (1984), destruyendo y dañando el ambiente que les cuida. El estudio aludido permitió comprender que es regular (en el sentido de lo que se reitera) poner en marcha dos acciones en las instituciones. Una es la derivación. Luego de la violencia surge con frecuencia la tendencia a derivar: «No podemos con esto», «Este/a niño/a no es para acá», «Tenemos que derivarlo/a a otro lugar». La segunda regularidad institucional tiene que ver con lo que Winnicott (1984) designó como la puesta en marcha de una venganza. Esta consistiría en un conjunto de acciones punitivas y de castigo que se asemejan a una venganza que, incluso diría Winnicott (1984), sería antidemocrática y antisocial a la inversa.⁶

Por lo tanto, la pregunta por el después de la violencia parte de cierta evidencia que alerta sobre problemas de manejo que llevan a la violencia a su acorralamiento y fijación. El después es un tiempo diferido que puede traer la posibilidad de un *après-coup* que ofrezca alternativas a la derivación o a la venganza.

El *après-coup* es una conceptualización de Freud, que Laplanche (2006) estudia en profundidad en un texto titulado precisamente *El après-coup. Problemáticas VI*. En él identifica tres momentos en la obra de Freud donde este término adquiere nuevas significaciones y va cambiando en función de los cambios en la elaboración teórica que el autor iba realizando.

En el tercer momento de la obra de Freud aparece un nuevo sentido del *après-coup*, que Laplanche (2006) describe del siguiente modo:

6 Para profundizar en este asunto, ver *Lo insoportable en las instituciones de protección a la infancia* (Rodríguez, 2016).

Un tercer sentido (sentido C) que podemos distinguir, y mucho más interesante, es el de una comprensión *après-coup*. Ciertos recuerdos son comprendidos *après-coup*. Este es el aspecto freudiano más cercano a lo que podemos llamar retroacción, un sentido que parece invertir la flecha del tiempo, ya que el sentido del acontecimiento 1 no aparece o no se da sino en un tiempo 2. (p. 39)

De modo que puede decirse, sin forzar demasiado las cosas, que el tiempo 2 de un cierto acontecimiento es cuando se crea, o es posible que se cree, un sentido que realmente no estaba antes. Un después que arroja una nueva significación, donde no se trata tanto de interpretar el sentido que ya estaba, sino de crear condiciones de invención de nuevas significaciones.

Quizás sea este un punto decisivo en el después de la violencia: la posibilidad de crear o no condiciones para inventar nuevas significaciones.

La transformación de Paz a lo largo de estos tres años ha sido realmente muy significativa: pasó de estar tomada por la violencia, la ira, el pasaje al acto y la locura constante, a instalarse en un lugar de vida, hecho de muchas presencias, ensambles, personas, espacios, actividades. Entonces, ¿qué ha pasado?

El escritor japonés Haruki Murakami tiene un texto que titula la *Tormenta de arena*, donde describe la experiencia de cruzar una tormenta de arena como alegoría a un tormento psíquico muy intenso. Sobre el final de este texto escribe:

Y cuando la tormenta de arena haya pasado, tu no comprenderás cómo has logrado cruzarla con vida. ¡No! Ni siquiera estarás seguro de que la tormenta haya cesado de verdad. Pero una cosa sí quedara clara. Y es que la persona que surja de la tormenta no será la misma persona que penetró en ella. Y ahí estriba el significado de la tormenta de arena. (Murakami, 2008, s. p.)

Definitivamente, la violencia y su manejo tienen esta cualidad de tormenta de la que no es fácil salir, no se sabe muy bien cuándo se entró ni si se va a volver a entrar o cuándo. Tampoco se sabe muy bien cómo fue que se salió ni es posible decir a ciencia cierta qué hizo que la tormenta parara.

De hecho, algo muy próximo a esto ocurrió en el centro de acogimiento con *aquella batalla* campal de los comienzos, en la que los niños, niñas y adolescentes dañaban, rompían y causaban problemas con los vecinos. En cierto momento (muy difícil de precisar), la situación global del funcionamiento del lugar comenzó a cambiar y el centro se volvió no un lugar libre de violencia, pero sí un lugar en el que la violencia había encontrado un cauce que no impedía la vida colectiva.

Estamos, con seguridad, ante aspectos propios de estos lugares donde los abordajes clínicos, educativos, sociales y socioeducativos que se llevan adelante son entretrejididos con personas corrientes que se involucran no profesionalmente, sino estrechando lazos de la vida (es el caso de las familias de acogida). Uno de esos aspectos propios de estos lugares es que no se sabe con total certeza qué de lo hecho, dicho, pensado, deseado, se transformó en causa de nuevas significaciones y de nuevas posiciones subjetivas de los niños, niñas o adolescentes con los que se trabaja. No solamente hay que saber hacer con el enigma de los síntomas de estas personas, sino que también es preciso saber hacer con el enigma de los efectos de las intervenciones.

¿Qué estaba pasando cuando la violencia en Paz comenzó a ceder? ¿Y cuando continuó reduciéndose en su pasaje de la familia de acogida nuevamente al centro?

Pierre Kammerer (2000), en un trabajo titulado *Adolescentes en la violencia*, plantea:

Cuando los posicionamientos en lo educativo son justos y las prohibiciones respetuosamente ubicadas, cuando la ley simbólica está correctamente representada por reglas de vida que garantizan protección, placer, éxito, firmeza y libertad..., entonces los adolescentes violentos comienzan a preguntarse por qué maltratan los lazos que

tejen. En tanto el encuadre de vida permanece tan incoherente, mórbido o traumático como lo han sido las relaciones familiares de ayer, no podrán jamás tener deseos de curarse. (p. 2)

Creo que algo de esto se jugó en el acompañamiento de Paz. Un encuadre de vida que ha trabajado para sostenerse sobre la base de una ley simbólica correctamente representada y que ha tomado el camino que señala Miller (2017) acerca del trabajo con la violencia en los niños: la aplicación de una contraviolencia simbólica que avance por prohibiciones respetuosamente ubicadas.

De este modo, sería posible concluir que en el después de la violencia se juegan disputas muy relevantes en torno a los sentidos y las acciones que se suscitan, que podrán ir desde la derivación hasta la venganza. Pero donde también es posible generar condiciones de *après-coup* a través de encuadres de vida, contraviolencias, estilos de presencia, modos de representación de la ley simbólica, que permitan hacer de la violencia, sea como descarga pulsional o como síntoma, otra cosa.

LA POSICIÓN PSÍQUICA DE QUIENES ACUDEN ANTE LA VIOLENCIA

Aunque no trabajé directamente con Paz, sí lo hice con las personas encargadas de su cuidado. Escuché y acompañé un proceso por momentos desconcertante, donde la función tuvo que ver con sostener un espacio para que los otros de Paz pudieran distanciarse de la experiencia y narrarla a un lugar tercero, que va acompañando los acomodos que ellos logran construir. Y desde ahí fue posible escuchar y ver movimientos de Paz que fueron muy significativos.

A partir del verano de 2022, el deporte que se volvió privilegiado para ella fue el boxeo. Comenzó a practicarlo con regularidad en una academia especializada y, en junio de 2023, viajó a Buenos Aires para

participar de un torneo regional en su categoría, como integrante del equipo de la academia. Hebe Tizio (2015) dice:

la idea de síntoma a la que yo hacía referencia como lo que anuda al sujeto [...]. Lo que le podemos decir es que el sujeto «aprende» a hacer con eso de otra manera [...]. Hay que saber que el síntoma bien entendido es el aparato para tratar ese *quantum* de energía que llamamos *goce*. (p. 52)

Creo que ese *hacer de otra manera* es algo próximo a cierto reacomodo en Paz que ahora *pega* en el marco de un deporte.

En una de las reuniones más conmovedoras que tuvimos con la familia de acogida surgió la pregunta de quién serían ellos para Paz. Esto llevó a pensar también quién era Paz para ellos. Ambas preguntas, cuando aparecieron, abrieron un silencio y se comenzaron a recorrer entre lentitud y conmoción. Quedó claro ahí que para ellos no era en un lugar de hija donde ubicaban a Paz. De hecho, la diferencia de edad entre ella y sus padres de acogida era de apenas diez y doce años; esto hacía de límite a la idea de que pudieran ser los padres de Paz. Además, estaba claro que ellos no se sentían sus padres y que el lugar del hijo de la pareja estaba ubicado en un futuro. En ese momento, pensé que más que padres, ellos estaban actuando como *partenaires* de Paz.

El *partenaire*, en el sentido que está conceptualizado en *La práctica entre varios* que inauguró Antonio Di Caccia (2005), tiene como cualidad esencial el hecho de que es alguien que se vuelve disponible a una presencia, una presencia que porta el deseo de un encuentro y que porta el deseo de utilizar todo lo que la estructura significativa ofrezca para propiciar el encuentro. Ellos eran sus *partenaires*, también lo eran los educadores del centro y las personas importantes de los otros centros en los que participaba Paz. Así, iba armando de algún modo una red de *partenaires*.⁷

7 No diría «práctica entre varios» porque, para eso, en el sentido que lo formula Di Caccia (2005), harían falta otras coordenadas que no están presentes.

En los encuentros de trabajo en torno al desborde de los profesionales y a las afectaciones psíquicas de las personas que trabajan con estos niños y niñas y en estos ámbitos, Karina Piluso⁸ (2022) sostuvo la hipótesis de que lo que lleva a los profesionales a lo que actualmente se denomina como *burnout* ('quemarse') está en relación directa con la posición psíquica inconsciente que se adquiera.

Ambos planteos, Di Caccia (2005) y Piluso (2022), permiten ver hasta qué punto el tratamiento de la violencia requiere también del tratamiento de quienes acuden y la tratan. En palabras de Kammerer (2000):

Precisamos desarrollos conceptuales sobre los cuales hacer reposar dispositivos que ofrezcan a los adultos mayor serenidad ante los comportamientos violentos, ya que, una vez pasada la tormenta, es posible hacer algo más que castigar o excluir. Estos conceptos son los que ha forjado el psicoanálisis para los problemas del narcisismo y los traumas psíquicos. (p. 2)

EN SUMA

Comenzamos interrogando los porqués de la violencia y eso nos llevó a considerar lo que hay en ella de síntoma y de lo que es contrario a un síntoma, para sugerir la condición paradójica de la violencia en tanto es a la vez un *porque sí sin más* que arrastra sentidos y en ocasiones mensajes dirigidos en transferencia. El interés se centró luego en el después de la violencia como eje principal a develar, para sugerir que es un tiempo decisivo para la violencia y que, contra todo paradigma exclusivamente preventivo, es preciso visibilizar las formas del después, para deslindar prácticas instituidas de derivación y venganza

8 Karina Piluso, psicoanalista argentina radicada en Barcelona. Docente del Posgrado Experto en Abordaje Interdisciplinario de Salud Mental Infanto-Juvenil de la Facultad de Psicología de la Universidad de Barcelona (2022).

de aquellas que ofrecen la ocasión de un tiempo capaz de crear nuevas significaciones.

Finalmente, destacamos la idea del *partenaire* como posición subjetiva de quien acompaña a quienes están en la violencia. También subrayamos la necesidad de prestar atención a la posición inconsciente de quienes intervienen y de la importancia de crear condiciones que ofrezcan leyes de vida correctamente representadas por adultos que puedan sostener una contraviolencia simbólica sobre la base de mayor serenidad ante los comportamientos violentos.



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- DI CACCIA, A. (2005). *La práctica entre varios*. Navarin Editeur.
- KAMMERER, P. (2000). *Adolescentes en la violencia*. Gallimard.
- LAPLANCHE, J. (2006). *El après-coup*. Problemáticas vi. Amorrortu.
- MILLER, J. A. (2017). Niños violentos [intervención de clausura de la 4.^a Jornada del Instituto del Niño]. <https://psicoanalisislacaniano.com/ninos-violentos/>
- MURAKAMI, H. (2008). *Kafka en la orilla*. Tusquets.
- RODRÍGUEZ, C. (2016). *Lo insoportable en las instituciones de protección a la infancia*. Azafrán.
- TIZIO, H. (2015). *La función del síntoma*. EUG.
- WINNICOTT, D. W. (1984). *Deprivación y delincuencia*. Paidós.